

Monólogo de la víctima

Me han robado un traje. No era un traje flamante: la tela estaba ya un poco vencida, y en algunas partes, en aquellas partes de siempre, se veían algunos de esos detestables reflejos; pero era un traje. No pensaba yo tirarlo, regalarlo ni condenarlo al ostracismo, si es que a un traje se le puede condenar a tal pena. Es cierto que no tenía por él gran estimación, pero es cierto también que esa poca estimación mía no autorizaba a nadie para robarlo. No se le podía apreciar ~~ya~~ como se apreciaba un traje nuevo, pero ~~se me ocurre que~~ como traje viejo ^{era} habría sido bastante apreciable. La vejez de los trajes tiene su encanto.

Me lo robaron, sin embargo, ~~y~~ ¿para qué voy a negarlo? En los primeros momentos sentí rabia, rabia contra el ladrón, rabia contra mi empleada, que había dejado abierta la puerta del dormitorio (le he dicho que la deje abierta hasta las 12.30 P.M. y el traje fue robado a las 12 M., un cuarto de hora antes) y rabia, en fin, contra mí mismo, que nunca me he preocupado de que la puerta de calle pase permanentemente con llave. La historia patria vino en mi auxilio. Aquella misma mañana, leyendo el libro de Ricardo Donoso sobre don Ambrosio Higgins, había encontrado unas palabras que en 1807 escribiera don Anselmo de la Cruz y Bahamonde sobre el estado en que por aquella época se encontraba Chile y en las que se quejaba de "la ignorancia general que domina en el país y de la gran criminalidad que constituye su necesaria consecuencia".

¿Le habrían robado algo a don Anselmo cuando escribió esas palabras? No lo se; en todo caso, ¿podía yo quejarme de algo que venía ocurriendo desde 1807 o desde 1707 o desde 1607? Sin duda alguna, no: habría sido una majadería, tan majadería como quejarse de un temblor o de un ^{eclipse lunar} ~~temblor~~. ¿Era yo el primero o el único a quien en Chile habían robado un traje? No. La lista de trajes robados y la lista de personas a quienes se ha robado trajes, así como la lista de ladrones de trajes, ocuparía tantos volúmenes como los que

necesitó don Diego Barros Arana para escribir la "Historia General de Chile" y quizá si algunos más.

No había más que agachar la cabeza y despedirse del traje. Fué lo que hice, junto con ordenar severamente que la puerta de calle permanezca siempre con llave, porque, ahora como hace miles de años, María cerró el pozo después de ahogarse el niño.

~~Manuel Rojas~~

1943

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©